
I

Por lo que me han contado, el primer cadáver fue encontrado en la piscina del antiguo templo de Isis. Tiempo atrás, en esa misma piscina habían nadado los cocodrilos sagrados que protegían a la diosa; ahora sólo servía para acumular islas de líquen, desperdicios y flores podridas. El sol ácido de marzo rebotaba en la superficie del agua y cegaba el único ojo de Demeas, que indicó con un gesto a uno de sus asistentes que usara la pértiga para aproximar el cuerpo. En el aire se entreveraban la arena del desierto y la sal marina, recubriendo la piel de los presentes con una corteza blancuzca.

—Ahora izadlo, aquí —ordenó Demeas con indiferencia cuando el cadáver estuvo más cerca.

La multitud apiñada detrás de los soldados avanzó un paso para contemplar el bulto que emergía de las profundidades. Se habían ido congregando poco a poco, a pesar del calor del mediodía, indiferentes al hedor a sudor y la polvareda que desdibujaba las líneas de la plaza bajo una espesa niebla amarilla. La mayoría eran holgazanes, predicadores callejeros, mujeres que volvían de la lonja, mercachifles: curiosos que consideraban que la muerte ajena siempre supone una buena excusa para posponer las tareas monótonas de cada día.

—No debe de llevar mucho tiempo aquí —dictaminó el asistente mientras palpaba el pellejo pálido del cadáver, que se asemejaba al vientre de un sapo—. Los miembros aún no están rígidos, no hay signos de descomposición avanzada.

La cabeza de Demeas asintió mecánicamente, como para dar su aprobación: un acto rutinario, estereotipado, que permitía a su cerebro zafarse de la jaula en que vivía aprisionado y viajar a estadios de allí, fuera de la ciudad acosada por

el desierto, del cielo abrasador que le castigaba con su luz, más allá de los rostros reunidos alrededor de aquel trozo de carne que se corrompía, sobre el que pronto hincarían su dentadura los gusanos. Igual que ocurriría con Dafne, sí; con Dafne en su ataúd debajo de la ladera, igual que los gusanos masticarían los brazos y las corvas de Dafne, las fronteras de esa piel que él había acariciado.

—¡Es el secretario del padre Hilario! —gritó alguien entre la multitud, elevando una uña ennegrecida.

Otras voces secundaron a la primera, alguien formuló una acusación, los insultos viajaron de boca en boca y una oleada de brazos y de piernas chocó contra los soldados formados frente a la piscina, que tuvieron que improvisar un dique cruzando sus escudos sobre el abdomen. Demeas los contempló sin comprender, al tiempo que una gota de sudor le resbalaba por la frente y se introducía en la cuenca de su ojo vacío, el derecho. El polvo se había espesado en torno a la plaza, el sol volvía el aire un vapor pesado y opaco que penetraba costosamente en los pulmones y Demeas no sabía qué hacía allí, no sabía por qué sus piernas aún le sostenían y su espinazo se mantenía vertical si Dafne había muerto. Estaba muerta, sí, por todos los dioses de antaño, como las amapolas del último verano, como los pájaros con que jugaba de niño, igual que el trozo de carne blanca que empapaba el pavimento junto a la pila de los cocodrilos sagrados.

—No murió ahogado, duque —Grilo, el asistente principal, había apartado el pliegue de la túnica que cubría el pecho del cadáver—. Tiene una herida profunda. Por Cristo, una herida producida por un arma contundente, un hacha o un garfio. Obsérvala tú mismo.

Cierto, una fea herida, casi una sima que se internaba en las profundidades del torso en busca de los órganos y que en el fondo no revestía ninguna importancia para Demeas, como no la suscitaban los objetos que seguramente habían pertenecido al difunto y que flotaban sobre el estanque, pliegos de papiro garrapateados, tabletas de cera, cálamos, fa-

jos de páginas que habían sido libros, algunos incluso todavía en el interior de sus fundas de lino: parecían los restos de un naufragio. Él era el duque, el último responsable de las causas criminales en aquella ciudad de todos los demonios, y aunque intentaba cumplir su cometido rebañando las escasas fuerzas que le restaban en el fondo del alma, un perezoso desinterés le presentaba todos aquellos detalles bajo la forma de minucias superfluas que parecía mejor dejar pasar de lado. Suspiró, retirándose el sudor de la frente; a lo lejos, sobre las azoteas, brillaban las estatuas doradas del palacio del prefecto.

—¡Muerte a los paganos! —rugió un hombre de nariz abotargada sobresaliendo de la multitud.

Con cansancio, Demeas chasqueó los dedos y uno de sus soldados hundió el puño en la cara que acababa de hablar. Las cuatro o cinco personas que la rodeaban retrocedieron, sin atreverse a refrendar su grito. No había mucho más que hacer allí, salvo aguardar a que los funcionarios de justicia retiraran el cuerpo y lo trasladaran al depósito del tribunal, pero el grupo reunido frente a la piscina y aquel vetusto templo que se desmoronaba no parecía dispuesto a disgregarse: la sangre atrae con insistencia a las moscas y a los haraganes. Uno de los asistentes del tribunal se había introducido en el agua y sorteaba con gesto de repugnancia las basuras acumuladas para recoger los libros y los útiles de escritura, que iba depositando a los pies del cadáver. Cerca del cenit, sin nubes que lo amordazaran, el sol no tardaría en hacerse sentir como un insidioso resquemor en los antebrazos y la nuca: Demeas mandó que cubrieran el cuerpo y que dispersasen a los curiosos. Y como si hubiera pronunciado un sortilegio, los presentes comenzaron a abrirse, a dejar claros, aunque no con la intención de abandonar la plaza. Alguien llegaba, alguien importante, un nuevo personaje para el que la muchedumbre improvisaba un corredor de rostros expectantes sin necesidad de la aspereza de una orden.

—Es el obispo, duque —susurró Grilo, después de contabilizar las posesiones del muerto—. Viene a reconocer el cuerpo.

El patriarca Cirilo siempre producía la misma impresión en quien lo miraba de frente: la de estar mirándolo de perfil. Acostumbraba a llevar una vara de fresno para apoyarse al caminar, y era tan delgado que a menudo la gente no identificaba quién era el cayado y quién su dueño. Una alarmante barba negra le manchaba la mitad de la cara y el pecho, creando la sensación de que alguien le había arrojado un balde de petróleo; en el fondo del cráneo rapado, dos ojos del tamaño de ronchas emitían un resplandor escarlata. Esos ojos descendieron hacia el cadáver abandonado junto a la pila con expresión sombría y a continuación interrogaron a Demeas, que prefirió apartar la mirada: encontrarse con el obispo cara a cara solía causarle las mismas molestias que aspirar amoníaco. El hombre y su cayado se inclinaron sobre la herida, la capa ribeteada con la púrpura episcopal ocultó por un momento el manto salpicado de sangre. Detrás de él, dos presbíteros con sayas blancas aguardaban cruzando las manos. Sobre la plaza se imponía ahora un silencio más compacto que la bruma con que la arena esponjaba el perfil de los edificios; sólo el entrecocar de las armas de los soldados quebraba ocasionalmente esa señal de duelo. Después de su examen, el obispo se puso de nuevo en pie y volvió a hacerse indistinto de su vara, en cuya cima un crucifijo parecía haber sido tallado a mordiscos. Las ronchas coloradas se giraron hacia Demeas y él vislumbró, con desaliento, qué iba a suceder a continuación.

—Estaba predicando mi tercer sermón de Cuaresma en la iglesia de San Policarpo Mártir —la voz del obispo parecía surgir de las profundidades de un pozo—, cuando mis fieles me han advertido que mi ayuda era necesaria aquí. Por la bondad de Cristo no quería creer sus palabras, pero ahora compruebo que son ciertas.

—Te agradezco tu presencia, eminente Cirilo —replicó Demeas aún más cansado—. Dispensa que este percance te robe tiempo de ocupaciones más importantes, pero sólo necesitamos de ti una señal de reconocimiento. ¿Era este hom-

bre, como dicen, secretario del venerable Hilario, tu mentor y el de otros hombres santos?

La lumbre rojiza crecía en las cuencas de Cirilo, como si alguien hubiera soplado ascuas.

—Lo era, duque —roncó—. Su nombre era Epiménides, había nacido en Naucratis de Egipto y cumplía devotamente con los preceptos del buen cristiano. Y yo te pregunto ahora, duque, en nombre del poder del emperador que nos protege, ¿hasta cuándo vamos a tener que tolerar esta situación?

Lo que Demeas temía, lo que su fatiga apenas podría tolerar sin desinflarse, sin obligarle a apretar los nudillos: las palabras incendiarias, la arenga fácil, el gentío recalentado por un sol que se aproximaba a mediodía y unas frases que un herrero habría tenido que sostener con tenazas. Así era Alejandría, una tierra incandescente: en vez de cerebro, los cráneos de sus habitantes transportaban sobre los hombros ollas de aceite hirviendo.

—No te comprendo, eminente Cirilo —intentó a la desesperada.

—Sí, creo que sí me comprendes, duque —el eco del fondo del pozo se hizo más sonoro, rebotando en los muros de la plaza—. El emperador ha decretado que la religión cristiana es la única verdadera y que los enemigos del Dios trino y uno deben sufrir el flagelo y la picota. Así que ¿hasta cuándo toleraremos que se nos persiga como el rebaño entregado a los zorros? ¿Hasta cuándo soportaremos que los inicuos propagadores del paganismo intenten estorbar el triunfo de la verdad con el recurso a dagas y cuchillos? —la voz se convirtió en un aullido—. ¡Que la sangre derramada no haga flaquear vuestro ánimo, hermanos, que no os desvíe del único camino que es a la vez verdad y vida! Dijo Cristo delante del Templo de Jerusalén: Se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los reyes y gobernadores, por causa de mi nombre: lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio.

La marejada de puños ya comenzaba a elevarse detrás de los escudos alzados de los soldados. Lo último que Demeas deseaba era ordenar que desenvainaran las espadas, pero sabía de sobra, porque la experiencia se lo había demostrado demasiadas veces, que la palabra es una estopa cuyas llamas no se pueden sofocar con cuatro pisotones.

—Te lo ruego, eminente Cirilo —dijo en un susurro—, no prosigas.

Como respuesta, el cayado con el crucifijo se irguió sobre las cabezas de la muchedumbre: su sombra dibujó un aspa en la frente del cadáver tendido junto a la piscina.

—¿Cómo no he de proseguir, duque? —bramó Cirilo—. Cuando los impíos oyen la verdad arden en cólera sus corazones y crujen sus dientes contra ella, como se cuenta que ocurrió con los asesinos de San Esteban. Y tú sabes dónde se oculta ese nido de serpientes, dónde se esconden esos que sin cesar enredan verdad y mentira y urden asechanzas contra la auténtica religión, aquellos que, como dijo Jesús a San Pablo en la visión, dan coces contra los agujijones. A menos de un estadio de aquí, los que dicen hablar en nombre de la razón disfrazan a sus divinidades paganas bajo los nombres altisonantes de demiurgo, de motor inmóvil, de Uno Superesencial, de Intelecto. Tú sabes, igual que todos, cuáles son la Sodoma y la Gomorra de las que provienen todos nuestros males, dónde se guardan los cuchillos que acaban en los vientres de los fervientes cristianos. ¡Allí, en la cuna de herejes!

Un rugido de la multitud acompañó al brazo de Cirilo a medida que ascendía para señalar más allá de la plaza enturbiada por la niebla amarilla, más allá de las azoteas y el pórtico desquiciado del antiguo templo de Isis, en busca del mar. A breves pasos, como esforzándose por auparse entre las fachadas de su alrededor, se elevaba un edificio contrahecho, el resultado de ensamblar trozos de arquitecturas recogidas de una escombrera, que poco o nada tenían que ver entre sí. La cúpula, pintada de rojo teja, brotaba como un bubón del cuadrado amarillo de la construcción principal; una ringla de

estatuas maltrechas sostenía el frontón, recortado por las tijeras de un niño; a los flancos, dos alas en forma de crujías luchaban por contradecirse. Aquel recinto cobijaba la Biblioteca y el Museo de Alejandría, y era una traducción al ladrillo de su contenido: objetos, ideas y páginas incongruentes que el tiempo había ido reuniendo al azar y amontonando en las galerías, bajo una capota de polvo. Ambas instituciones basaban su supervivencia en una antigua superstición: que un techo y una estantería pueden servir para atenuar los efectos del olvido. Cuando la voz del obispo volvió a resonar, el coro de sus devotos la arropó con una salva de injurias. El calor, la furia hicieron palpar las sienes de Demeas igual que si alguien hubiera confundido su cráneo con un timbal.

—Acaso ignoras, duque —Cirilo resoplaba por las junturas entre los dientes—, que el buen Epiménides acudía diariamente a la Biblioteca por encargo del venerable Hilario, con el fin de consultar obras que luego el santo varón empleaba en sus sermones, siempre al servicio de la doctrina de Cristo. Acaso ignoras también que en esa madriguera de serpientes Epiménides se veía rodeado de paganos y de gentes impuras, que le odiaban y escarnecían públicamente por su devoción sincera y sus palabras en defensa de la fe verdadera. E ignorarás por tanto que cada tarde, al caer el sol, Epiménides regresaba de la Biblioteca a su casa del barrio de la muralla en la soledad de su inocencia, sin duda reflexionando sobre los textos piadosos que había recorrido durante la jornada, alimentándose y consolándose con su ejemplo cristiano. Y así desconocía que estaba ofreciendo su cuello al verdugo, según anunció el profeta: Fue llevado como oveja al matadero y como cordero estuvo mudo delante del que le trasquila. ¿No te das cuenta, duque, representante del poder terrenal de Roma? ¿No entiendes que los viles enemigos de la salvación lo siguieron al dejar la Biblioteca y aprovecharon la quietud de un lugar poco transitado para darle muerte?

Muerte, una palabra que Demeas conocía demasiado bien, una palabra de la que jamás podría desprenderse, un estigma imposible de erradicar, como las cicatrices con que un

pasado de espadas y venablos había asperjado su cuerpo: muerte, el abismo en que se diluían todos los recuerdos que aún atesoraba de Dafne, las dos sílabas que ahora repetían con acento histérico las bocas reunidas detrás del obispo, la jauría hambrienta dispuesta a devorar a su presa.

—Aún es pronto, eminente Cirilo —objetó débilmente el duque—. Es prematuro aventurar nada...

Por mucho que le disgustara ese desenlace, comenzaba a entrever que sólo una lluvia de mandobles y la elocuencia de las lanzas harían retroceder a la multitud, sólo el acero saciaría su apetito de santidad. El pobre Grilo no parecía menos agotado que él cuando le palpó el brazo y le indicó que alguien deseaba hablarle: un joven despeinado, con una astrosa túnica de algodón cubriéndole la delgadez de las costillas, acababa de atravesar la plaza por la zona trasera del templo de Isis y le tendía una carta. Demeas apenas tuvo ocasión de reconocer el sello que rubricaba el papiro; un ladrido se elevó sobre las cabezas alineadas frente a los yelmos de los soldados y las piedras reemplazaron a los gritos.

—¡Lo conozco! ¡Es uno de los ordenanzas de la Biblioteca!

Una col podrida alcanzó a Demeas en la frente y le permitió agacharse a tiempo de esquivar objetos más contundentes: trozos de cerámica y ladrillo, tarugos, cabezas de pescado, higos, frutos a medio morder, piedras, muchas piedras. Un canto redondo y pesado en forma de puño voló sobre su hombro y fue a impactar contra el pómulo derecho del joven ordenanza, que se desplomó de inmediato y a punto estuvo de precipitarse en el estanque. Era demasiado: con todo su pesar, el duque dio la orden de cargar. En medio de una caótica turbamulta de chillidos y blasfemias, envuelto en el polvo amarillo que antes había recubierto las aceras, el gentío se disgregó en todas direcciones, buscando ponerse a salvo del filo de las armas.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Demeas, acuclillándose frente al ordenanza con una aparatosa flor roja en el lugar de la mejilla—. ¿Puedes incorporarte?

Por encima del estruendo de ganado en desbandada, más allá del muro de polvo que enfoscaba el resplandor del sol, la voz cavernosa del obispo continuaba tronando:

—¡Lo anunció la revelación del apóstol! ¡La bestia que sube del abismo moverá guerra contra ellos, y los vencerá, y les quitará la vida! ¡Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la gran ciudad, que se llama místicamente Sodoma, y Egipto, donde asimismo el Señor de ellos fue crucificado!

El viento contaminado de arena provocó un escozor en el ojo de Demeas cuando consiguió, con mucho esfuerzo, descifrar el contenido de la carta:

De Hipatia Teónida, ilustre directora de la Biblioteca de Alejandría, a Demeas Antioqueno, óptimo duque militar de la plaza: se te saluda. Por la presente solicito tu asistencia a mi despacho de la Biblioteca, con el fin de conversar sobre ciertas cuestiones relativas a la muerte del secretario Epiménides que juzgarás del mayor interés. Me permito apremiarte para que realices tu visita, se trata de asuntos que no admiten demora. Ten salud.

—Mi ama me pide, duque, que insista en que te des prisa en presentarte ante ella —articuló a duras penas el ordenanza, que se enjugaba la sangre con un trapo sucio.

Todo el mundo tenía mucha prisa. Como si al fin y al cabo, pensó Demeas, no fuéramos a alcanzar la misma meta: la que ya había rebasado el cuerpo exangüe que yacía junto a la piscina.